La tuna afrouresana: un baile cantao que se resiste a desaparecer

Nicolás Marchena Díaz

En el vasto y diverso paisaje cultural del Caribe colombiano, la tuna afrouresana emerge como una manifestación única de los bailes cantaos. Esta tradición musical y dancística, profundamente enraizada en el palenque de San José de Uré, representa un testimonio vivo de la resistencia y la continuidad cultural de los afrodescendientes.

La información que presento en este ensayo proviene de mi vivencia directa en el territorio, conviviendo con las maestras ancestrales, el semillero de niñas, niños y adolescentes de la tuna, nutrida además con mi experiencia como pasante en el colegio etnoeducativo de Uré. A esta interacción se suma una exhaustiva revisión documental que da cuenta de la relevancia histórica y cultural de este baile.

Mi propósito principal es mostrar cómo la tuna, a pesar de los embates del tiempo, las transformaciones sociales y el desinterés generacional, se mantiene como un fósil viviente de un tipo de baile cantao que conserva características distintivas de épocas remotas. Frente a otras expresiones de bailes cantaos en el Caribe colombiano, como el bullerengue o la tambora, la tuna ha evolucionado de manera mínima. Los patrones rítmicos del tambor, las formas melódicas de los versos y la estructura de los aires permanecen casi intactos, manteniendo un vínculo inquebrantable con su pasado cimarrón.

Un recorrido histórico: orígenes y desarrollo de la tuna

El origen de la tuna está estrechamente relacionado con la historia del palenque de Uré, fundado como un espacio de resistencia por esclavizados africanos que lograron huir de las plantaciones y minas coloniales. Este lugar, ubicado en las profundidades de la selva cordobesa, se convirtió en un refugio donde se preservaron prácticas culturales, espirituales y sociales traídas de África. Entre estas expresiones se destaca la música como un elemento central para la cohesión y la memoria colectiva (Castro y Londoño, 2012).



Foto 1. Tuna afrouresana (2020).

Muchas de las melodías y letras de la tuna tengan similitudes con otros bailes cantaos del Caribe, evidenciando una herencia común y una circulación cultural que trascendió las barreras territoriales.

La llegada de las bogas, afrodescendientes que trabajaban como transportadores fluviales, fue un factor crucial en la consolidación de la tuna. Estos «anfibios culturales», como los llama Montoya (2009), trajeron consigo ritmos, versos y danzas que enriquecieron el repertorio musical del palenque. De ahí que muchas de las melodías y letras de la tuna tengan similitudes con otros bailes cantaos del Caribe, evidenciando una herencia común y una circulación cultural que trascendió las barreras territoriales.

Sin embargo, a diferencia de otras expresiones que se adaptaron y evolucionaron al ritmo de las transformaciones sociales, la tuna mantuvo su carácter funcional y ritual. Sus golpes de tambor y versos no buscan encajar en circuitos comerciales o de espectáculo, sino servir como un medio de expresión colectiva y una herramienta para narrar historias, rendir homenaje a los ancestros y fortalecer los lazos comunitarios.

Anatomía de la tuna: rimas, música y baile

En la tradición afrouresana, las composi-ciones musicales que conforman la tuna no se llaman canciones, sino «aires». Cada uno de ellos representa una tonada distinta y está profundamente arraigado en la memoria oral y colectiva de la comunidad. La expresión «coger un aire» en lugar de «cantar» refleja el carácter intuitivo y espontáneo de esta práctica musical. Además, al finalizar estas piezas, es habitual que los participantes griten «bollo», marcando un punto culminante y una pausa en la interpretación. Este detalle evidencia la conexión intrínseca entre la tradición oral y la estructura musical en la tuna.

Los aires son conocidos por fragmentos de sus letras que se utilizan como títulos, reforzando su carácter narrativo y su origen en la tradición oral. Su contenido lírico está notablemente influido por la herencia del romancero español, que en el Caribe colombiano evolucionó hacia formas de narración épica y cotidiana propias de los bailes cantaos. Los versos suelen describir historias locales, situaciones cotidianas o leyendas, manteniendo viva la memoria histórica y cultural de Uré.

Dentro de la tuna, el juego de la piquería entre cantadores ocupa un lugar especial. Este duelo lírico, que incluye versos improvisados y rimas consonantes, resalta la destreza del repentismo como una habilidad valiosa. Las estrofas generalmente constan de cuatro versos octosílabos, con una estructura que privilegia la consonancia entre las terminaciones, aunque las maestras explican que la medida puede ajustarse para mantener la rítmica. Este nivel de improvisación y creatividad convierte a la tuna en un espacio de expresión y comunicación dinámica.

La tuna no solo es música; es un baile cantao que incorpora gestualidad y movimientos corporales únicos. Su estilo dancístico, como lo explican las maestras, incluye dos formas principales: el «tropezao», que alterna pasos hacia adelante y hacia atrás, y el «paseaíto», que es más fluido y similar a la cumbia. Estas formas de baile reflejan las raíces bantúes del patrimonio afrouresano, como lo señala Negrete (1981), quien compara estos movimientos con otros bailes afrocaribeños.



Foto 2. Ensayo del semillero de la tuna afrouresana (2023).

Además, la tuna integra una dimensión teatral en sus presentaciones, donde los movimientos corporales interactúan con las letras de los aires. Por ejemplo, en «La cucaracha», los bailarines simulan movimientos abruptos, como si dicho insecto caminara por su cuerpo. Aires como «La tortuga», «La langosta» y «El cangrejo» también se destacan por su capacidad de representar comportamientos animales a través de gestos y posturas específicas, reforzando el carácter lúdico y simbólico de la tuna. Guzmán (2020) describe cómo estas interpretaciones, además de ser entretenidas, actúan como una herramienta para preservar y transmitir los valores culturales de la comunidad.

Según la profesora María Yovadis Londoño, los aires de tuna se clasifican en cuatro categorías: chandé, berroche, tuna y bullerengue. El primero es un ritmo rápido utilizado para convocar a la comunidad, mientras que el segundo es más cadencioso y apropiado para el baile y la improvisación. Por otro lado, el bullerengue en la tuna tiene una función espiritual, como se observa en el aire «Los angelitos», que se cantaba en velorios de

infantes. Finalmente, las tunas, como «Lile», se destacan por sus modulaciones vocales melismáticas, que representan la esencia ancestral de la herencia afrouresana.

> La avanzada edad de muchas de ellas, combinada con la falta de interés de algunos sectores de la comunidad, pone en riesgo la continuidad de la tuna.

La organología de la tuna se compone principalmente de dos membranófonos conocidos como el tambor «tundé» (hoy día un llamador) y la caja «boya» (bacinilla de peltre). El tundé, construido de manera tradicional con madera, bejuco y cuero de chivo, lleva el ritmo principal y permite repiques espontáneos. Por su parte, la boya, representada en la actualidad por una caja vallenata, mantiene un ostinato que aporta estabilidad rítmica. Como elemento complementario, las palmas desempeñan un papel fundamental, añadiendo un contraste sonoro que refuerza el carácter colectivo del baile cantao (Montoya, 2009).

Protagonistas de la tuna: guardianas de la memoria

Las maestras ancestrales son las verdaderas guardianas de la tuna. Estas mujeres, muchas de ellas en sus años dorados, han dedicado sus vidas a preservar y transmitir esta tradición. Figuras como Otilia Roche, Catalina Roche y Ana Eloísa Sabino son ejemplos de resiliencia y compromiso con la memoria cultural afrouresana. Cada una de ellas aporta su propia personalidad y estilo a la tuna, desde la improvisación de versos hasta el liderazgo en el baile y la enseñanza.



Foto 3. Maestras ancestrales de la tuna con el semillero Músicas Tradicionales y Cultura Popular (2023)

Sin embargo, las maestras enfrentan numerosos desafíos. La avanzada edad de muchas de ellas, combinada con la falta de interés de algunos sectores de la comunidad, pone en riesgo la continuidad de la tuna. A pesar de ello, estas mujeres siguen participando activamente en eventos culturales, ensayos y sesiones de enseñanza, demostrando una fuerza y una vitalidad que inspiran a las nuevas generaciones.

Transmisión del conocimiento: entre la tradición y la modernidad

La transmisión de la tuna ha sido tradicionalmente oral y experiencial. En el pasado, los niños y las niñas crecían rodeados por los sonidos y los movimientos de esta expresión ancestral, absorbiendo de manera natural las melodías, los ritmos y las letras de los aires. Este aprendizaje por inmersión, como describe Green (2002) en su estudio sobre la educación musical informal, permite que las habilidades musicales se desarrollen de manera orgánica y contextual.

Hoy en día, las dinámicas de transmisión han cambiado. La urbanización, la influencia de las tecnologías y la globalización cultural

han reducido la exposición cotidiana a la tuna. Ante este escenario, las maestras han adaptado sus métodos, incorporando sesiones formales de enseñanza en la escuela y desarrollando estrategias didácticas para captar el interés de niños, niñas y jóvenes. A pesar de estas innovaciones, la esencia de la tuna sigue siendo la misma: una práctica que se aprende haciendo, observando y participando.

Contexto social: la tuna como resistencia cultural

La tuna no puede entenderse fuera del contexto social y político de San José de Uré. Este municipio, marcado por la violencia del conflicto armado y la marginalización histórica, ha encontrado en la música y la cultura una forma de resistencia y resiliencia. Como señala Bravo (2021), la espiritualidad y las prácticas ancestrales han sido pilares fundamentales para la supervivencia y el fortalecimiento de la identidad afrouresana. La tuna, con su capacidad para unir a la comunidad y preservar la memoria colectiva, desempeña un papel crucial en este proceso.

Además, la tuna refleja las tensiones y las dinámicas de la sociedad contemporánea de Uré. Por un lado, es un símbolo de orgullo y pertenencia para quienes buscan mantener viva la herencia cimarrona. Por otro, enfrenta el desafío de mantenerse relevante en un mundo donde las influencias externas y las demandas económicas a menudo eclipsan las tradiciones locales.

Un legado que persiste

A pesar de los desafíos, la tuna afrouresana continúa siendo un testimonio vivo de la riqueza cultural del Caribe colombiano. Gracias al esfuerzo de las maestras ancestrales, la nueva generación de tuneras y tuneros, y los procesos etnoeducativos, esta tradición sigue resonando en los tambores, las voces y los corazones de San José de Uré.

Como reflexiona Bravo (2021), la fe y la espiritualidad han sido aliadas inquebrantables en la lucha por preservar el patrimonio cultural de Uré. Mientras existan afrouresanos comprometidos con su legado, la tuna seguirá siendo una fuente de identidad, orgullo y resistencia. Este artículo, como el trabajo etnográfico que lo precede, es una invitación a valorar, proteger y celebrar este baile cantao que, como un fósil viviente, se resiste a desaparecer.

Es un símbolo de orgullo y pertenencia para quienes buscan mantener viva la herencia cimarrona. Por otro, enfrenta el desafío de mantenerse relevante en un mundo donde las influencias externas y las demandas económicas a menudo eclipsan las tradiciones locales.



Foto 4. Presentación de la tuna en la escuela